

Las Cinéphilas

María Álvarez. Argentina, 2017. 74'

“Me comprometo con el cine. Soy cinéfila, no espectadora”. Esa aseveración resuena en todos y cada uno de los fotogramas de “Las Cinéphilas” y aunque solamente una de ellas sea capaz de decirlo en voz alta, nosotros espectadores percibimos la magnitud y la relevancia que hay en esta diferencia. En la sutileza de su *opera prima* la argentina María Álvarez es capaz de capturar el profundo amor por el cine que seis mujeres jubiladas, solitarias, que viven en Madrid, Montevideo (Uruguay), Buenos Aires y Mar del Plata (Argentina), profesan todos los días de su vida. Mujeres para quienes el cine se ha constituido en el motor de sus existencias, una forma de relacionarse con el mundo, una manera única de habitar el tiempo.

María Álvarez construye su película hilvanando las conversaciones mantenidas con todas ellas, Estela, Paloma, Norma, Chelo, Leopoldina y Lucía, ofreciéndoles un espacio que, paradójicamente, el propio cine les ha negado de forma sistemática. Ellas, mujeres de mediana edad abocadas a una endémica soledad, toman la pantalla para compartir, precisamente, lo que constituye su antídoto para esa soledad no escogida libremente. En todos y cada uno de sus rostros resuena de algún modo aquella ama de casa llamada Jeanne Dielman cuya forma de escapar de su vacía y rutinaria existencia la llevaba hasta el estallido de una violencia inimaginable. Sin embargo, ellas, las cinéfilas, hallan en las luces y sombras de la gran pantalla el modo de evadirse, de salir de ellas mismas, como lo definen, yendo a encontrar la sensación reconfortante que sin duda posee la capacidad transformadora del cine. Y es, en ese acto de amor, que las protagonistas contribuyen de algún modo a destruir el mito del cinéfilo, hombre e intelectual, para expandirlo hacia la feminidad y democratizarlo en lo social.

En “Las cinéphilas” las palabras conforman el mosaico sonoro del film y, el propio cine, no obstante, queda relegado a un poderoso fuera de campo. “Lo que el viento se llevó”, “Misión imposible”, “Hiroshima mon amour”, “El desconocido del lago”, ... las protagonistas de la película nos entregan pequeños pedazos de su existencia a través de sus opiniones, sensaciones, emociones, ... siempre alrededor de estos filmes que les han marcado. Hay un efecto espejo, en ocasiones con efecto multiplicador, que parte de las palabras que las cinéfilas expresan sobre las películas y que irradia después un rayo de luz sobre su vida interior, sus sueños, sus esperanzas, sus miedos. Como si el cine fuera en verdad el receptáculo de sus vidas reales, más allá de su innegable fascinación por las imágenes en movimiento.

Un pequeño oasis se abre en un momento dado de la película. Una pequeña secuencia en la que los rostros de Estela, Paloma, Norma, Chelo, Leopoldina y Lucía aparecen en pantalla como si estuvieran en la sala oscura disfrutando de una de sus sesiones de cine. Una música acompaña este momento mágico en el que es difícil no pensar en “Shirin” (2008) de Abbas Kiarostami. Sin embargo,

aquí María Álvarez trasciende sus propios personajes poniendo en imágenes un ritual que se escapa del tiempo y espacio presentes para invocar a miles de mujeres en el mundo amando de igual modo el cine, llenando sus vidas de la fascinación por ese arte, tomando la ficción para pintar sus realidades.

En la película, también acompañamos a un grupo de lectura que analiza pormenorizadamente “En busca de tiempo perdido” de Marcel Proust. A través de él María Álvarez reivindica las texturas que el tiempo y lo vivido dejan en nuestra memoria, incluso las ficciones vividas a través del cine. Y eso mismo es lo que descubrimos en su película, que los filmes forman parte de la vida más íntima de las cinéfilas, y que el lugar que ocupan es mayor de lo que seguramente podríamos llegar a imaginar.

Al fin, la película de María Álvarez es en sí misma un acto de amor y fascinación por Estela, Paloma, Norma, Chelo, Leopoldina y Lucía, y lo que ellas representan. Intuimos que la cineasta siente una identificación y ve en ellas una proyección de su propio futuro. Porque toda cineasta es, en verdad, como Estela, Paloma, Norma, Chelo, Leopoldina y Lucía.

Anna Petrus